

## CAPÍTULO VIII.

## Historia de la poesía española.

La historia de la literatura comienza á escribirse.

Los ensayos á que cada nacion se está entregando sobre sus propios autores, han revelado grandes verdades.

El primero de los instrumentos sociales es el lenguaje; por lo mismo, donde quiera que la sociedad se aumenta y perfecciona, ya proceda este fenómeno de la conquista, ya del comercio, ó bien de una acertada reforma en las instituciones públicas, inmediatamente florecen la elocuencia y la poesía, y tanto el verso como la prosa reflejan fielmente, así la fusion de las castas como las nuevas relaciones internacionales. Los juegos olímpicos en la antigüedad, y en la Edad Média las ferias, y en cualquier época las conquistas y las excursiones mercantiles, marcan una revolucion en la literatura.

En comprobacion de lo expuesto, nos limitaremos á bosquejar en el presente discurso la historia de la poesía en el idioma de Castilla.

Los griegos y los romanos recibieron su mitología de las naciones asiáticas; en éstas, no solamente se habia trazado la historia del cielo, sino la creacion del mundo y la mision especial del género humano, y el culto que naturalmente se debia á las divinidades protectoras: de aquí nacieron la epopeya, el drama y el himno. La epopeya es la historia; el drama es la misma historia en accion; y el himno eleva al cielo, entre músicas, perfumes y flores, el deseo y el temor de los creyentes en todas las solemnidades y en todas las horas del dia.

Durante más de treinta siglos, las mujeres de origen ariano, esparcidas por el Asia y por la Europa, han dirigido estas preces á Prothyvaia: «Escúchanos ¡oh diosa! Tú la de mil nombres, que acorres en auxilio de la madre agobiada por los dolores del parto; tú que presides las uniones nupciales y eres dulce y amorosa para los niños, y te regocijas en los festines. Escúchame ¡oh reposo del alma! Y dame hijos y consévalos, pues que tú eres la conservadora de todos.»

Y no olvidaban en sus fervientes oraciones á la diosa del amor: «Kipris, le decian, tú que posees un negro atavío brillante de astros, madre de los sueños, olvido de las penas, inspiradora de himnos, amiga de todos, que luces en la oscuridad, terrestre y celestial, que deslizas por el viento, ven ¡oh diosa! á prodigarme tus favores.»

Y, entretanto, el agricultor se dirigia de este modo á las nubes: «Hijas del aire, que vagais por el cielo y haceis germinar los frutos sobre la tierra; madres de la lluvia; rugientes, inflamadas, sonoras, dadme el rocío, soplad dulcemente y derramad sobre la tierra sembrada una lluvia fecunda.»

Y el marinero exclamaba: «Hija del cielo, de ojos claros y de manto azul; tú, reina de las aguas espumosas, que exhalas dulce aliento al acercarte á la tierra, y te complaces en estrellar tus olas sobre las rocas; ¡madre de las nubes oscuras y del amor, séme favorable! envía á mi rápida nave un viento propicio.»

Los que cumplieran un acto religioso se juzgaban obligados á elogiar á la divinidad, ante cuyo altar formaban sus votos; así, por ejemplo, se oraba á Semele: «Invoco á la vírgen cadmeida, reina universal. Tú posees una rica cabellera y un seno profundo, madre de Dionisio el de las mil coronas. El rayo del inmortal Zeus te hizo concebir. Yo te suplico ¡oh vírgen! que seas favorable á los que hoy se inician en estos santos misterios.»

Y, por fin, los guerreros fatigados pedian á Marte: «¡Oh genio indomable, robusto y terrible! Tú el de gran corazon, vencedor de los ejércitos, siempre bañado en sangre humana, depon las armas, abandónate á tus deseos por Cipria; traenos la paz, que alimenta á los hijos y proporciona á sus padres la riqueza.»

Luego que el cristianismo se apoderó del imperio romano, sus oradores y poetas se consagraron á cristianizar, hasta donde les

era posible, los asuntos que en prodigiosa abundancia encontraban en millares de escritores paganos; tal fué la ocupación de los poetas cristianos desde la conversión de Constantino hasta que los bárbaros y sus vasallos todavía latinizados, se precipitaron en cruzadas sobre las civilizadas naciones donde florecía el islamismo.

Los españoles suministraron á la literatura latina un no despreciable contingente de poetas cristianos; pero éstos, fuera de la aplicación á su sistema religioso, nada inventaron, ni en los asuntos, ni en el lenguaje de la poesía, tan admirablemente perfeccionado por las razas arianas.

Prudencio, en su himno para los entierros, dice: «Madres, suspended vuestras lágrimas; ninguna de vosotras lllore á sus hijos; la muerte es la renovación de la vida. Así mueren los granos de trigo sepultados en la tierra, y después, saltando del surco, reverdecen y reproducen sus primeras espigas.» Veamos ahora cómo se expresa el Rigveda: «Regresan los ojos al sol, el aliento al aire, el cuerpo á la tierra y á la agua; y mézclanse los miembros con las plantas. Pero, ¡oh Agnis! enardece la esencia inmortal con tu calor, ilumínala con tu esplendor y llévala dulcemente á la mansión de los justos, donde para una vida nueva recibirá un nuevo cuerpo. Rodéalo ¡oh tierra! como una buena madre envuelve con su vestidura á su hijo querido.» Y también el Egipto, hace cuatro mil años, se expresaba de este modo: «Rey Osiris, hijo del cielo y de Netpré, la madre suprema, que se extiende tu madre sobre tu cuerpo y que el genio que abre la bóveda celeste te presente al dios vencedor de los enemigos impuros; y vive ¡oh rey! en la eternidad.»

Las ideas de los cristianos sobre la brevedad de la vida humana pueden verse compendiadas en esta pintura de Orencio: «Cada hora nos aproxima poco á poco de la muerte; mientras hablamos, morimos; por un camino oculto nos precipitamos en nuestros últimos días. En el mismo instante en que el alimento y el sueño te ofrecen placeres y te los prodigan la conversación y las copas, aun cuando estés sentado en tu casa, te diriges á países lejanos, y hagas ó no hagas, la muerte marcha y no se detiene. Así como la bujía de cera, destinada durante la oscuridad de la noche á reemplazar la luz del día, se consume lentamente

por el fuego, del mismo modo las cosas humanas al realizarse perecen: cuanto la vida anima se precipita y muere.»

Oigamos ahora las palabras del antiguo Rama: «Los días y las noches se deslizan rápidamente para todos los que viven; sus años se evaporan como el agua en el calor del estío. Saluda el hombre con alegría la salida del sol y con la misma alegría le saluda en su ocaso, y no percibe la fuga de su vida. Sobre la extensa mar los árboles flotantes se encuentran y después de un breve descanso se separan; así esposos, hijos, amigos, riquezas, se alejan bajo el imperio interminable de la muerte. El ave debe atravesar los aires, las olas deben correr debajo del viento, la alma inmortal camina encadenada al deber, cuyos nobles corceles son los hombres. El justo que purifica su alma con buenas acciones, sube glorioso á la mansión del Padre de las criaturas.»

Los cristianos, al mismo tiempo que acomodaban á sus propias necesidades la poesía religiosa y filosófica de las naciones antiguas, en el ramo lírico, no se descuidaron en ensayar la poesía épica, en cuya empresa adoptaban como modelos, tanto á los escritores semíticos como los de las razas arianas; sus trabajos en esta materia no fueron de los más felices.

Iuvenco, el primero, bajo el imperio de Constantino, canta en latín la vida de Jesucristo; su ensayo queda muy lejos del Evangelio y de la Iliada y de la Eneida y de cualquiera poema de los antiguos. El drama, anatematizado unánimemente por los cristianos, no tuvo por entonces imitadores.

El Koran, redactado en la Arabia, en ménos de un siglo esperece sus doctrinas por la Asia, el Africa y la Europa; proclamando el monoteísmo da el golpe de gracia al paganismo; y rehabilitando los placeres del amor, así en la tierra como en el cielo, opone un dique al cristianismo, que predicando el fin del mundo, amenazaba destruir al género humano convirtiéndolo en tribus errantes de ociosos y castos anacoretas. La lucha entre la naturaleza y el idealismo fué terrible; y la Europa, vencedora en su suelo, se encontró, al cabo de tres siglos, con un misticismo moderado por las reminiscencias paganas y por las imitaciones arábicas; vió aparecer, con pretensiones literarias, sus lenguas llamadas romances, y en éstas ensayó con variado suceso la poesía épica, la amorosa y la dramática.

Algunas tribus incultas de la raza ariana, desde la Noruega, se extendieron á la Islandia, á la Groenlandia y á las playas de un continente desconocido; recopilaron en su Eda los cantos sobre la religion de Odin, y en sus Sagas las aventuras de sus osados marinos: por una de esas obras sabemos que Leif el afortunado fué el primero que descubrió la Vinlandia. Pero nosotros debemos limitarnos á indicar la importancia literaria de los poetas escandinavos; ellos presentan en su mayor antigüedad y pureza aquella poesía nebulosa, que se agrada al mismo tiempo en las dulzuras domésticas y en las peripecias de extraordinarias aventuras. Su maravilloso refleja todas las supersticiones primitivas. La expresion más reciente y acabada de esa poesía se encuentra en los Nibelunges; veamos cómo en este poema se pinta la muerte de Sigfrido.

«Incorpórase vacilando al márgen de la fuente, y siente el dardo que atraviesa su corazon. Busca un arco, una espada para dar á Hagen el premio merecido. No encuentra su espada, descubre su escudo en la agua, le saca y se precipita sobre el traidor y le alcanza.

«Ya en brazos de la muerte hiere con tanta fuerza, que saltan á lo léjos las piedras preciosas y el escudo se rompe con estruendo. Bajo su mano formidable Hagen se humilla; si hubiese alcanzado su espada, le mata.

«Palidece el héroe; sus fuerzas le abandonan; píntase la muerte en el semblante de aquel que será llorado por las más nobles damas.

«Cae el esposo de Crimhilda en medio de las flores, y su sangre se precipita en torrentes; en su agonía se queja de sus pérfidos asesinos: *Cobardes y viles, en premio de mis servicios me dais la muerte; ¿así recompensais á vuestros amigos? Gime mi corazon por mi Crimhilda, por mi esposa.*

«Rojas en su sangre se descubrian las flores. No fué larga la lucha; las palabras espiraron sobre sus labios.»

La Inglaterra entretanto servia de eco á la literatura escandinava y á la que en Francia fundia sus obras ligando los pensamientos del Norte y las invenciones arábicas bajo las formas no olvidadas de los latinos.

En la conquista de la Inglaterra por los Normandos, algunos

cantos de la Chanson de Roland, entonados por un moderno Tirteo, infundieron valor en los soldados de Guillermo y les aseguraron la victoria. Roldan ha sido para los franceses un Aquile; ved cómo han pintado la muerte del héroe:

«Moribundo Roland se pone en pié; vacila; su rostro palidece. Hace un esfuerzo y descarga diez veces su espada sobre una peña; rechina el acero, pero ni se rompe, ni se mella. *¡Ah, dice el caballero, Virgen santa, ayúdame! Tú, espada mia, tienes una suerte que no corresponde á tu bondad. Ahora me eres inútil; indiferente, jamás. ¡Cuántas batallas he ganado con tu auxilio! ¡cuántas tierras que hoy posee Carlos el de la barba encanecida! ¡Nunca sea dueño tuyo un hombre que de otro hombre tenga miedo! ¡No quieres ceder, espada mia? Hermosa y santísima, ¿te hacen resistir á mis golpes las preciosas reliquias que posees en tu puño dorado? ¡Un diente de San Pedro, cabellos de San Dionisio y un giron arrancado á la túnica de la Virgen! ¡No te posea ningun cobarde!* Roland observa que la muerte, descendiendo desde la frente, le invade el corazon; acérese á un pino; tiéndese sobre la verde yerba; cubre con su cuerpo su espada y su estandarte, y dirige su rostro hácia el campo enemigo.»

Mientras cantaban así los franceses, inmortalizaban los españoles á su Cid. Entre este poema y el anterior se observa cierta identidad en el estilo poético.

Veriedes tantas lanzas premer é alzar,  
Tanta adarga foradar e pasar,  
Tantos buenos cavallos sin dueño andar,  
Las lorigas vestidas é cintas las espadas.

Ceintes espees é lor bronies vestues.  
Et tanz destriers lor resnes trainanz,  
Dont li vassal gisent morts par les champs.

Después de un primer ensayo, los españoles acabaron un primoroso poemita, sobre el mismo Cid, en romances que la literatura conserva y admira como otras tantas joyas.

La épica de la Edad Média produjo al fin su obra maestra en la Divina Comedia del Dante, imitada muy pronto por todas las naciones europeas.

Las lenguas neo-latinas, tambien desde su infancia cantaron el amor que el ascetismo cristiano habia desterrado del parnaso

donde florecieron Tíbulo y Ovidio; la poesía iliterata adivinó á Anacreonte y siguió, aunque de léjos, las huellas de Horacio y de Virgilio. Los árabes, celebrando las hermosuras españolas, despertaron los deseos de las damas provenzales, y centenares de trovadores se disputaron el premio del canto erótico en aquellas tierras entónces pacíficas, donde despues el Petrarca concibió los modelos de la Vénus lánguida y vaporosa que visiblemente ha envejecido en nuestros dias.

Esa Erato cristiana de la Edad Média, que hoy se precia tanto de su castidad primitiva, divertia al clero y á las damas con algunas coplillas cuya inocencia es tanto más interesante cuanto más desnuda aparece: compendio de todas las bellezas amorosas en la literatura de aquella época es el famoso Romance de la Rosa.

La poesía filosófica presentaba en aquel entónces dos formas: una puramente moral y aun didáctica, y otra satírica. La poesía moral era alegórica; tenia sus modelos entre los griegos, pero con mayor abundancia en las naciones orientales: los españoles tuvieron su *Danza de la muerte*.

Tambien la poesía satírica se revistió de la alegoría; y felicísima en sus ensayos, produjo el poema de la Zorra, y tuvo su Homero en Ariosto.

Más penosa fué la gestacion de la poesía dramática en las lenguas vulgares; el cristianismo siempre ha sido hostil á la comedia y á los cómicos; el drama, por lo mismo, durante muchos siglos, ó se veia cultivado vergonzosamente por los juglares, ó formaba parte de algunas solemnidades religiosas, no alejándose mucho del templo sino bajo la vigilancia del clero; el drama, pues, vacilaba entre el sainete y la pastorela.

Aparece de repente la imprenta preñada de reformas. En lo literario, la tendencia del mundo europeo arrastró con todas las artes y las ciencias hácia el clasicismo de los griegos y de los romanos. Maquiavelo produce el tipo de la comedia que despues immortalizó á Molière; Anacreon y Tíbulo y Horacio encuentran no sólo traductores sino rivales; la Jerusalem Libertada compete coquetamente con la Eneida; la historia renace; y en la misma Roma parecia que, protegido por los papas, se entraba vencedor y triunfante el paganismo.

Donde se conservó la libertad, continuó el impulso iniciado; la Alemania brilló en Lutero y en Erasmo; luego la Inglaterra produjo á Shakespeare, y la Francia á Montaigne.

Pero donde la Inquisicion levantó sus hogueras, el humo envolvió los astros nacieses. La España habia comenzado por la tragicomedia de Calixto y Melibea; España, aceptando el lujo de la poesía italiana, rivalizó muy pronto con la heredera de Roma; España vulgarizó los romances de caballería, que entre sus extravagancias envolvian gérmenes que la literatura despues ha cultivado. España, en fin, produjo á Lope de Vega, á Cervantes y á Quevedo; y durmió en el misticismo para despertar esclava de la literatura francesa.

¡El drama moderno estaba inventado! Sobre este ramo de literatura, como sobre todos, los franceses pretendieron en el siglo de Luis XIV dictar sus leyes, como órganos del verdadero clasicismo; pero esa escuela, hipócrita en su adoración supersticiosa por las formas, careció de las fuentes de toda inspiracion grande y duradera: temia la libertad del pensamiento, y no descubria la perfeccion social sino en el oropel de mezquinas aristocracias. Los españoles, maestros de los franceses, desde hace dos siglos no se atreven á ser otra cosa sino sus discípulos; los mexicanos, hasta aquí hemos ocupado en esa escuela los últimos lugares.

Existen ciertos pensamientos que forman la base universal y eterna de la poesía; el modo con que ellos se expresan marca las evoluciones literarias por donde pasa cualquiera nacion. Veamos, pues, cómo la española en sus versos ha pintado la hermosura de una mujer y los afectos amorosos; cómo se ha dirigido al cielo; cómo ha cantado á sus héroes, y qué colores han ocupado su paleta durante ocho siglos para reproducir los fenómenos de la naturaleza inanimada.

*El amor.*—El poema del Cid nos ofrece estos versos:

Salieron de la iglesia, ya quieren cavalgar;  
El Cid á Doña Ximena íbala á abrazar;  
Doña Ximena al Cid la mano l'va besar,  
Lorando de sus oios que non sabe que se far.

Juan Lorenzo Segura de Astorga, en su poema de Alexandro, dice:

El mes era de Mayo, un tiempo glorioso  
 Cuando facen las aves un solaz deleitoso,  
 Son vestidos los prados de vestido fermoso.  
 Da suspiros la duenna la que non ha esposo.  
 Tiempo dulce é sabroso por bastir casamientos,  
 Ca lo tempran las flores é los sabrosos vientos:  
 Cantan las doncellas, son muchas á convientos,  
 Facen unas á otras buenos pronunciamientos.  
 Andas mozas é viejas cobiertas en amores,  
 Van coger por las siestas á los prados las flores.  
 Dicen unas á otras: bonos son los amores;  
 E aquellos plus tiernos tienense por meiores.

En la vida de Santa María Egipciaca se han hecho famosos estos versos:

De huna Duenya que avedes oyda  
 Quiero vos comptar toda su vida;  
 De Santa María Egipciaca,  
 Que fué huna Duenya muy lozana,  
 Et de sa cuerpo muy lozana.

Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, ya por los años de 1343 llegó en su donaire y galantería hasta expresarse de este modo:

So ferido é llagado, de un dardo so perdido,  
 En el corazon lo trayo encerrado é escondido;  
 Non oso mostrar la laga, matarme ha si la olvido,  
 E aun decir non oso el nombre de quien me ha ferido.  
 El color he perdido, mis sesos desfallescén,  
 La fuerza non la tengo, mis ojos non parescén.

Fallé una serrana,  
 Fermosa, lozana,  
 Y bien colorada.  
 Dixe yo á ella:  
 Omillome bella.

Mucho se adelantó á los poetas anteriores Juan de Mena cuando se expresaba en versos bien sentidos, así:

Decia llorando con lengua rabiosa:  
 Oh matador de mi hijo cruel,  
 Mataras á mí, dexaras á él.

Que fuera enemiga no tan porfiosa;  
 Si antes la muerte me fuera ya dada,  
 Cerrara mi fijo con estas sus manos  
 Mis ojos delante de los sus hermanos,  
 E yo no muriera mas de una vegada;  
 Moriré así muchas desaventurada.

Llegamos ya al marqués de Santillana:

Moza tan fermosa  
 Non ví en la frontera  
 Como una vaquera  
 De la Finojosa.  
 En un verde prado  
 De rosas é flores,  
 Guardando ganado  
 Con otros pastores,  
 La ví tan fermosa  
 Que apenas creyera  
 Que fuese vaquera  
 De la Finojosa.  
 Non creo las rosas  
 De la primavera  
 Sean tan fermosas.

Antes el rodante cielo  
 Tornará manso é quieto,  
 Y será piadosa Aleto  
 E pavoroso Metelo,  
 Que yo jamas olvidase  
 Tu virtud,  
 Vida mia é mi salud,  
 Nin te dexase.

Los restos de un romance antiguo y anónimo dicen:

Yo me era mora Moraina,  
 Morilla de un bel catare:  
 Cristiano vino á mi puerta,  
 Cuitada, por me engañare.  
 Hablóme en algarabía  
 Como aquel que bien la sabe:  
 Abrasme las puertas, mora,  
 Sí Alá te guarde de males.